



APUNTES SOBRE RAFAEL MORALES Y GONZÁLEZ, EXTRACTADOS DE LA OBRA DE VIDAL MORALES

Rafael Morales y González, nació el 28 de Octubre de 1845, en San Juan y Martínez, Provincia de Pinar del Río. Murió en Piedra Blanca, Sierra Maestra, Término del Cobre, en la noche del 15 de Septiembre de 1872.

Recibió instrucción primaria en la escuela de D. José Fors, y enseñanza superior en el Colegio Santo Tomás, de Don Ramón Itualde, donde por su diminuta talla, elegante porte, simpático aspecto y por las excelentes dotes morales que lo realizaban, alumnos y profesores lo estimaban mucho y le llamaban «Moralitos».

Profesor de este colegio lo fue el insigne humanista Rafael María Merchán y de él decía: «A pesar de ser un niño, el Sr. Itualde respetaba sus indicaciones como las de un anciano». Los alumnos le adoraban. Estar en clase con él no era para ellos una pena sino una delicia. Sus explicaciones eran claras, límpidas, amplias; no había más remedio que entenderlas. En la clase de «Objeto» era una notabilidad.

Daba lecciones en la casa de Leonardo Delmonte a los niños de éste y agradecía las atenciones con que lo trataban, pero no estaba satisfecho: «Hay allí demasiado mármol, me decía». Se burlaba de Chateaubriand porque quiso demostrar la verdad del catolicismo por su belleza. Es lo que recuerdo de esa alma immaculada que se llamó Rafael Morales y González. Fue uno de los caracteres más notables que ha producido la Patria cubana. Es uno de los elegidos para servir de piedra de toque, para tomarlos como ejemplo del más puro patriotismo.

Además de patriota, fue educador, político, periodista, orador, legislador, literato y guerrero; todos los atributos de un grande hombre y sobresaliendo por su carácter estoico.

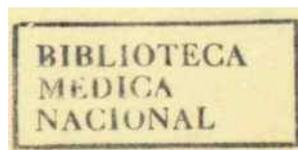
A los 21 años se lanzó a los campos de la gloria. Tuvo la revolución un hombre de carácter reflexivo, propio ya para ser Senador o Presidente, no digo Representante. A los 23 años era Ministro del Interior del Gabinete de Céspedes de la República en Armas. De él dijo Don Tomás Estrada Palma: «Difícil es que se reúnan en un mismo individuo, con entera armonía, todas las condiciones del espíritu que se requieren para formar un carácter perfecto. Rara vez se presenta este caso en la historia de todas las épocas, desde las más antiguas. Aun aquellos que más se han distinguido por sus esfuerzos en pro del bien, han incurrido en debilidades que no han podido escapar al juicio sereno del historiador. Naturaleza privilegiada ha de ser la que ofrezca como fenómeno extraordinario una excepción a la regla general, y éste es, en verdad, el mérito sorprendente de Rafael Morales.

«Como si hubiera nacido para que se encarnaran en su alma todas las virtudes que un pueblo necesita para ser libre, su corta vida fue el más perfecto modelo de abnegación y desinterés, teniendo siempre por guía la conciencia del deber, sin que le detuvieran para cumplirlo, en la esfera privada o en la esfera pública, ninguna clase de consideraciones, obstáculos ni peligros. Así se explica el cariño profundo que inspiró, el respeto que impuso a pesar de su juventud y la influencia que llegó a ejercer en los campos gloriosos de la Revolución de Yara; sobre todo fue el tipo más puro, el más perfecto de Patriota y ciudadano».

En los actos solemnes del Aula Magna de la Universidad se daba cita lo más grande de nuestra intelectualidad, ávidos de oír y admirar el poder de su dialéctica y la fácil y armoniosa palabra de aquel adolescente que había de distinguirse en los campos de Cuba libre como Diputado en la famosa Cámara de Guáimaro, donde se discutió y promulgó nuestra primera Carta Constitucional.

El sabio Don Felipe Poey y Aloy, cuando escuchó a Moralitos exponer y ampliar la teoría especial de la visión de Young, no pudo dominar su asombro, y, poseído de entusiasmo, lo estrechó cariñosamente en sus brazos, lo felicitó y le hizo grandes elogios por su afortunada concepción, animándole para que la remitiera al Instituto de Francia.

Moralitos fue el iniciador de la propaganda abolicionista en contra de los esclavistas, fundando una sociedad filantrópica contra el monstruo insaciable, a la que simpáticamente se denominó «Del Viento Libre». Fue esta sociedad piqueta sorda revolucionaria, e instrumento de combate contra la esclavitud del negro y la abyección del blanco. De Morales dice



el Director de La Aurora: «Joven de alma grande, corazón fogoso, palabra persuasiva y conmovedora, a quien todos llamábamos «Pico de Oro», y que a la sazón bullía en forma saliente al lado de Luis Victoriano Betancourt, A. Zambrana, Gevantes, O Farril, Fornaris, Bachiller y Morales y otros tantos cubanos que en aquel tiempo formaban el mundo selecto de nuestra intelectualidad, Moralitos era una esperanza, un prestigio, un carácter de nobles y atrevidos pensamientos. Fuese a la guerra y... allí quedó».

En el Ateneo Cubano, donde se reunían José Fornaris, Merchán, Ramón Pintó, Mestre, Navarrete, Párraga y nuestro Rafael Morales y González, decía el joven intelectual Manuel Sanguily, hablando de Moralitos, que era orador «de entendimiento poderoso, de expresión castiza, dotado de genial originalidad en todas las materias a que aplicaba su inteligencia muy poco común».

Moralitos concibió el plan, con amigos íntimos, de fundar escuelas nocturnas en los barrios pobres de la Habana para jornaleros y artesanos. El Gobierno hace cerrar el Aula gratuita que en el Progreso daba Morales, donde tenía más de cien alumnos con sus secundadores Betancourt, Díaz Vega y Francisco de P. Flores. Pide Moralitos a José Silverio Jorrín, Director de la Sociedad Económica de Amigos del País, que solicite permiso del Gobierno para poner aulas nocturnas en las escuelas municipales, que ellos serán maestros gratuitos. No consintiendo el Gobierno en ello, no se desanima en ser útil y educar a su pueblo, pone Aulas con escasos recursos y es perseguido y obstaculizado por la policía. Morales continuaba su evangélica misión donde quiera que era posible.

En el Album de la Sra. Manuela Zambrana, viuda de Andrés Clemente Vázquez, el culto escritor cubano, encontramos los siguientes párrafos: «Los países que gimen abrumados bajo el enorme peso de la tiranía, es tan abyecta y miserable la condición humana, que con mayor motivo que Job, pueden los más esforzados varones exclamar: «Maldito sea el día en que nací y maldita la obra en que fue dicho: “Concebido es un hombre”. En esos desgraciados países se imponen como otros tantos deberes la mentira, la hipocresía y la adulación y no se conceden más derechos que a la afrenta, al ostracismo, al presidio y al cadalso. La virtud es considerada como el peor de los crímenes; y se lleva tan lejos el castigo, que se castiga la acción y se castiga la inercia, que se castiga el lenguaje y se castiga el silencio”. ¿No conoces tú ni un solo país que albergue tan oprobiosa juventud? ¿Sí? Pues... ¡Calla!»

En fin, no hubo reunión literaria, sociedad patriótica ni periódico cubano en que no se viera descollar el gran Moralitos en primera línea. A él se debe el fecundo pensamiento de preparar a la mujer cubana para iniciarla en el estudio de la enseñanza superior, matriculando algunas señoritas en el Instituto.

En las páginas de «El País» del año 1868 leemos: «El sábado, a las dos de la tarde, se verificó en el Aula Magna de nuestra Universidad el examen de Grado en Derecho del joven Rafael Morales y González, en cuyo acto obtuvo, como era de esperar, la nota de sobresaliente, que es la que siempre ha alcanzado y siempre ha merecido, por las brillantes disposiciones con que la naturaleza le ha dotado, felizmente cultivadas por un estudio infatigable y una incesante laboriosidad. Estas líneas sólo tienen por objeto darle nuestra enhorabuena y dársela al país, que debe con orgullo alimentar en Moralitos, como le llaman sus amigos, una de las más grandes esperanzas. Los pueblos que cuentan con jóvenes como él pueden aspirar a prolongados días de gloria».

Llegada la Epopeya Revolucionaria iniciada en Yara, Rafael Morales, a pesar de carecer de condiciones físicas para la dura campaña, dominado por la inflexibilidad de su carácter, quiso ir y fue a los campos de la revolución, donde le llamaba la voz del deber y su conciencia de patriota. En aquellos campos regados por su sangre juvenil y generosa, quedó escrito su nombre de héroe. En la goleta «Galvanic», salida de Nassau al mando del General Manuel de Quesada, vino a la revolución, acompañado de los inseparables: hermanos Betancourt, hermanos Lavieue, Julio Sanguily, Antonio Zambrana, Francisco La Rúa, José Payán y otros muchos jóvenes patriotas. Rafael Morales fue uno de los tres elegidos para formar la Corte Marcial que había de juzgar a Napoleón Arango de alta traición en el Camagüey, en 1869. Aún no juzgado, vino la amnistía, la que leyó Morales al acusado, terminando un discurso con estas palabras: «Que se hicieran acreedores a la gracia que se les había otorgado, para demostrarles que el árbol de la Libertad no siempre se regaba con sangre sino también se fertilizaba con las lágrimas de la gratitud»

Terminada su labor en la Corte Marcial fue nombrado Moralitos representante por Occidente en 1869 e inmediatamente distinguido con la Secretaría de la Cámara. Es fama que muchos proyectos de leyes sancionados por el Ejecutivo se debieron a su iniciativa y actividad. El 28 de Febrero del 70 es nombrado Ministro del Interior. El Cubano Libre,

órgano oficial, dice el día 24 de Febrero del 70: «La salida del Diputado Morales será una pérdida para la Cámara, pero el Gabinete del Presidente Céspedes habrá adquirido una joya más y el país deberá recibir con aplausos la elección de una persona tan competente para desempeñar un cargo de tanta trascendencia».

Don Ramón Céspedes (Secretario del Exterior con 65 años) tenía una figura bíblica. Su cara noble, su frente ancha, sus cabellos canos que caían formando un conjunto admirable sobre la larga y venerable barba y su figura junto a la de Morálitos, parecía la de Ulises protegiendo a Telémaco. Casi siempre era Morales en el Gabinete el que planteaba las discusiones con su inagotable argumentación y su incontrovertible lógica. Al salir de las sesiones decía Don Ramón que lo admiraba, que en su vida había tropezado con un caso de precocidad más notable: que jamás había conocido un joven de tan peregrinas cualidades. En las discusiones con el Presidente, Céspedes tenía que levantarse de su asiento y darse paseos en medio de las situaciones embarazosas en que aquel joven le colocaba. Por estas disidencias, unas veces justas, otras por apreciaciones injustas, se vio obligado a dimitir su alto cargo. Es notorio que uno de los proyectos de ley más notables de la Cámara —el de Instrucción Pública— se debe a Morálitos, como también la Ley de Imprenta y la reglamentación de la Imprenta Nacional.

Morales, obedeciendo a sus instintos educadores de trabajar por el bien de su pueblo, dedicaba los ratos de ocio a dar clases en los campamentos.

Fundó una escuela el 10 de Abril del 71 e hizo una cartilla por el método silábico, la que repartía en hojas de papel y cuando de éste no había, en películas de yagua, estimulando al soldado en el sentido que para ser oficial se necesitaba saber leer y escribir. Así vemos que un joven sargento cede la raza de color es interrogado en un armisticio por el General Martínez Campos: —«¿Qué grado tienes?» —«El de Sargento», —«¿Sabes leer y escribir?» —«Sí, señor; me enseñaron en la escuela del campamento.» Martínez Campos admirado, se dirige a su Estado Mayor, diciéndole: «¿Cómo es posible someter a gentes como ésta que durante la vida difícil y anárquica que trae consigo toda guerra, en vez de salir corrompidos, vuelven de ella civilizados y preparados para las pacíficas tareas del ciudadano?»

Ignacio Agramonte decía oponiéndose al saqueo, pensando en los ciudadanos del mañana: «Prefiero educar mis soldados desnudos y des

calzos para la gloria, a vestirlos y calzarlos a costa de la respetabilidad de nuestra causa». Palabras nobles y severas, dignas de aquella figura luminosa, astro radiante de los grandes guerreros del 68.

El 10 de Octubre del 70, se celebra en el Camagüey el segundo aniversario de Yara. Por la tribuna desfilan los más brillantes de nuestros oradores. Toca el turno a Moralitos y es saludado con atronadores vivas y largos aplausos. Tras brillante exordio expresa: «La revolución no decae porque nosotros tenemos tanta tenacidad en alcanzar el ideal porque peleamos, que sólo habremos de trocarlo por la muerte. Nos abandonan del exterior y nos rodean las dificultades y la miseria, pero con fuerzas de flaqueza todo lo vamos allanando: No teníamos calzado ni correajes, y ya lo fabrican nuestros talleres; no teníamos pólvora y la necesidad nos ha enseñado a fabricarla; no teníamos armas y se las hemos quitado a los españoles; no teníamos cañones... (grandes risotadas) y los hemos hecho de cuero! (La hilaridad es general, al considerar la ineficacia de los improvisados bronces).» El orador queda mudo un instante, como herido profundamente por las risas de sus compañeros, y una ola de rubor cubre el juvenil semblante. «Sí, dijo con fuerte voz, golpeando la tribuna, no riáis! Los hemos hecho de cuero, para demostrarles a esos españoles que los despreciamos tanto, que les enviamos la metralla con la punta de un látigo!» Cuando esa frase sublime brotó de sus labios habían cesado todas las risas y los ojos enturbiados por las lágrimas del sentimiento, lanzaban el formidable clamor de sus hurras que el viento esparcía por toda la extensión de la selva libre. Antonio Zambrana, el gran orador, temblaba de emoción y decía en alta voz: «Este muchacho ha encontrado la frase que inmortaliza a los tribunos».

Rafael Morales fundó en la Revolución una Logia Masónica, con el objeto de mantener vivo el espíritu revolucionario y procurar el auxilio mutuo entre los combatientes, evitando a todo trance que los heridos cayeran en manos del enemigo. Esta asociación se creó en Las Tunas, en los breves días que allí pasó Moralitos, siendo Venerable el Dr. Rafael Pérez Martínez, afiliados, Modesto Fonseca, Modesto Díaz, Anselmo Aragón, Miguel Miranda y otros muchos Jefes y Oficiales.

En Diciembre del 69, fundó el incansable Moralitos el periódico político titulado La Estrella Solitaria. En su primer número saluda a sus colegas El Cubano Libre, El Tíñima, Boletín Oficial de Cienfuegos y Mambí. En ese periódico aparecen los artículos de combate: «Tengamos fe». «Con nosotros, pues», «Y ¿qué hacéis, padres conscriptos?» «El ejecutivo que no ejecuta», etc.

Fue Morales uno de los que en la Matilde y en el Horcón de Najasa, más contribuyera con su palabra fulminante y gran valor cívico a la deposición del General en Jefe Manuel de Quesada, por presunto Dictador, hecho que al fin ocurrió en la reunión de la Cámara en Palo Quemado por aclamación. Como Secretario de la Cámara fue el encargado de leer al General en Jefe su deposición, lo que llevó a cabo con aquella serenidad inquebrantable que era uno de los rasgos de su carácter y con aquella corrección con que llenó siempre sus deberes de hombre y de patriota. Cuando la conspiración de José Caridad Vargas, en Santa Ana de Lleo, Moralitos fue el salvador; no sólo descubre la infame conspiración, sino que con su valor y talento la destruye. De pie sobre una mesa de cujes arenga a aquellos soldados contaminados con la traición de su Jefe y se hace aplaudir por aquellos mismos soldados. Este rasgo de Rafael Morales es uno de los más bellos y heroicos de su breve existencia. Sólo un cubano de su prestigio habría podido llevar a feliz término aquella obra salvadora. Tuvo entonces en su mano la vida de la revolución.

En carta a su amada le dice: «Me cuentas que los españoles me han dedicado décimas insultantes; esto me llena de alegría pues de mi enemigo sólo espero el odio. Me dices que aterrorizada porque pudiera yo caer en sus manos trataste de disculparme, negando la participación que tuve en el castigo de José Caridad Vargas. Hiciste mal; se disculpa al delincuente, pero no al hombre honrado que destruye los planes de los enemigos de la Libertad y trabaja por la muerte de los traidores. Recuerda, que según Licurgo, merece la muerte hasta el ciudadano que permanece neutral en las discordias de la Patria». Tal era aquel patriota por cuyas venas corría la sangre de los Macabeos.

El General Don Pedro Martínez Frene dice en carta a Vidal Morales: «Tenía en todo, el tamaño moral de la gigantesca revolución en que se desarrolló su vigoroso espíritu. Era un atleta de la libertad. Para describirselo a usted necesitaría decirle que tenía el valor de Maceo, la austeridad de Agramóme, el civismo de Estrada Palma, el nobilísimo corazón de Modesto Díaz, el talento de Manuel Sanguily, la inquebrantable voluntad de Vicente García, el patriotismo de Céspedes, la abnegación de Máximo Gómez, los sentimientos democráticos de Chucho Valdés. Era un coloso como revolucionario. La epopeya del 68 produjo muchos hombres de esta clase; pero nadie superó a Moralitos».

Maceo, elogiando a Morality dice: «que parecía mentira que en un cuerpo tan pequeño se encerrara un alma tan grande. Que sólo una cosa parecía ignorar: lo que él valía».

M. Gómez en carta a Vidal Morales en el año 1803 escribe: «De Rafael Morales ¡Ah! ¿qué puedo yo decirle? Gamo a Estrada Palma le conocí en aquella cruenta epopeya del 68. Siempre fue digno y puro, y como Martí, pensó, habló y ejecutó. Decir todo lo que yo pude saber de Rafael Morales para determinar su verdadera talla moral, sólo eso sería asunto suficiente para un libro. Yo pude apreciar detenidamente las virtudes que atesoraba ese hombre, que, sin que parezca exageración, fue uno de los pocos entre los que yo traté, que tuvieran más alta y cabal idea de lo que se debe entender por honor y dignidad humana. Rafael Morales, peleando como simple soldado, recibió un balazo en la boca, como si el destino tratara de imponer silencio en aquel cerebro que también sabía sentir y pensar. Pero aquella herida para aquel cerebro y aquel corazón no fue nada. Después enfermó y cuando quise acudir en su socorro ya era tarde. Murió de hambre! Así murieron muchos y lo milagroso fue que escapáramos unos pocos».

Contaba Máximo Gómez que una vez llegó Morality a su campamento de Altagracia de la Canoa en comisión del Gobierno y en esos instantes avisan la proximidad del enemigo. El General invita a Morales a que se retire a la impedimenta para evitar corriera peligro un representante de la Patria. Morality contesta con entereza: «General, usted me permitirá que en este momento desobedezca sus órdenes y espero que no me privará del gusto de prestarle en esta ocasión un servicio más a mi país: usted está en el caso de llevarme a su lado como ayudante». El General accedió y lo llevó al combate, el que fue rudo y de éxito favorable. Esa desobediencia a mis órdenes, decía Gómez, sólo a Morales se la hubiera tolerado. Pero Morales era un hombre que había hecho dejación completa de su persona a la Patria, al extremo de no preocuparse jamás en lo más mínimo de las necesidades más imperiosas de la vida, ni de sus alimentos, ni de su ropa. Todo lo que se haga por enaltecer su figura, será patriótico, pero todo será poco. En aquella época soñaba yo con Morales para el futuro Gobierno de Cuba, como después en el 95 pensé en Martí y cuando éste murió en Don Tomás Estrada Palma».

En carta a su amada describe Morality cómo sucedió el hecho en que fue herido mortalmente en el lostro. «Terminado el período legislativo, se incorpora como simple soldado en la fuerza de Luis Magín

Díaz». «El 26 de Noviembre último, hallándome en el potrero Sebastopol de Najasa, solo, aunque cerca del tercer escuadrón, desmontado y leyendo, nos asaltó inesperadamente, el enemigo. Logré enfrenar mi caballo y montarle, apuntando mi rifle en la dirección que se me atacaba, no pudiendo dispararlo por tener delante varios de los nuestros. Encaminéme hacia el otro lado de una barranca donde nuestra caballería trataba de desplegarse. El enemigo amenazaba envolvernos y no quedaba más que un camino para burlarlo, pero para ello, teníamos que atravesar la barranca, muy alta, pendiente y de fondo cenagoso. A pesar de estos obstáculos continué recorriendo el camino. Entonces, inesperadamente, me sentí herido: una bala me entró por el carrillo izquierdo saliendo por el derecho, infiriéndome una herida mortal. El comandante Pedro Castellanos arrancóme de las manos la rienda, agarréme a las crines del caballo a fin de no caerme y a escape, cubierto de sangre y bañando con ella mi caballo atravesé la barranca. Careciendo a veces de vela se me ha hecho las curas a la luz de una hoguera. Más, ¿a qué evocar dolorosos recuerdos? Basta para que te imagines la intensidad de mis padecimientos saber que estuve más de 20 días incapaz de hacer uso de la palabra y aún tengo abierta la herida de entrada. He sufrido terribles operaciones, entre ellas una que me hizo Eduardo Agramonte con instrumentos mellados. Como sesenta han sido las operaciones sufridas para sacar otras tantas esquirlas de hueso. Dos hemorragias pusieron en peligro mi vida; una me duró 30 horas. Agrega a esto la persecución del enemigo y las veces que he tenido que emprender largas jornadas a pie para huir de él, y después piensa en que a pesar de todo he luchado. Mi voluntad me ha salvado. Jamás di un solo quejido. Tiene mi espíritu algo de temple estoico y del valor indio para el sufrimiento, etc.»

Sus amigos al contemplar los estragos de la fisonomía de Moralitos causados por la herida, a duras penas podían contener sus lágrimas. Oigamos a Manuel Sanguily, amigo querido e inseparable del Patriota: «Morales tenía sanas sus heridas pero no podía comer sino alimentos líquidos. Pronunciaba muy mal y no podía articular algunos sonidos.

Estaba, sin embargo, muy animado, siempre vivo, muy inquieto. Estábamos en la Sierra Maestra, en Piedra Blanca, Subprefectura de Ramón Galán. Yo, desde el 15 de Agosto había enfermado y estaba casi agonizando. Era sin exageración un esqueleto que vivía milagrosamente. Julio, mi hermano, bastante flaco, delicado y naturalmente sumido en sorda desesperación. No había alimentos; de vez en cuando raíces de boniatos. Un día cocinaron una Jutía Conga llamada «Ruchín». A Morales

se le envió a su rancho una pata. Creo que la comió, pero a las tres de la tarde llegó a nuestros oídos un ruido siniestro del rancho de Moralitos. Poco después la voz despavorida de la mujer de Galán que exclamaba: ¡Morales se muere! No era la agonía de un hombre pequeño de cuerpo: Era el estertor de un coloso. Al fin se apagó ya entrada la noche. Al otro día entre cuatro negros casi desnudos y enfermos que componían la escolta de Julio, llevaron el cadáver algunos pasos de allí, junto a un hoyo que ya habían cavado con gran dificultad. Yo era el único acompañante. Julio estaba malo esa mañana y yo me levanté de mi camastro como de una tumba y apoyado en un palo fui a rastras detrás de aquellos restos como si fuera yo la muerte misma que asistiera al entierro. Formando escuadra con esa tumba estaba otra en que sepultaron a un asistente que cayó de un árbol cazando jutías. Yo volví a acostarme. Días después me atravesaron en una muía, atravesaron mis huesos mejor dicho y todavía me pregunto asombrado si es verdad que el organismo puede sufrir tanto sin destruirse, si es posible que las ideas arrastren a los hombres a sobrellevar tanta miseria y tantos horrores. Así murió en la cima de una montaña, en el fondo de una espesa selva, estribación altísima y húmeda de la Maestra, aislada y obscuramente, el desventurado Morales. En aquel silencioso sitio, sólo interrumpiré de vez en cuando su sueño solitario como único cántico de gloria, el arpegio del ruiseñor de la montaña».

Pero ya es hora que se interrumpa el sueño del Patriota, es hora de remover aquella amada tumba. Aquellos venerados huesos deben conservarse para la historia. Que la ciudad de Santiago guarde esos preciados restos, como guarda en sagrado recinto los más grandes hombres de la Patria. Martí, Céspedes y Don Tomás, reclaman el egregio compañero. Que los niños cubanos puedan conocer la tumba de aquel gran educador, de aquel gran patricio, que en todos sus aspectos fue el Martí del 68. ¿Qué hubiera sido de Morales, de aquel genio inquieto, si subsiste a la epopeya del 68? Si con el temple de los 10 años de lucha hubiera vagado por el mundo, nutriendo de luz su cerebro incansable, ¿no habría asombrado a las Américas con su genio? ¿Qué no hubieran hecho él y Martí, almas hermanas, corazones gemelos, en sus peregrinaciones para la jornada del 95? Pero no era posible. Dos soles, dos genios, no pueden existir en la misma época para un pueblo. Para existir Martí en el 95 tenía que sucumbir Moralitos en el 68.

La casualidad tiene hechos bien extraños. Moralitos y Céspedes, inmaculados ambos en el patriotismo, tuvieron diversos puntos de vista en

su vida de relación. La discusión les envolvía; ambos espíritus, batalladores, estaban siempre frente a frente, caracteres desemejantes, quizá por la edad, fueran muchas veces contrarias sus apreciaciones, pero nunca una pasión bastarda separó a aquellos grandes, nunca una palabra lastimó el honor; ¡ambos fueron cima! La suerte, sin embargo, los hizo vecinos de la muerte, pues vecinos fueron sus últimos campamentos. El cadáver de Céspedes lo cruzaron por la tumba de Moralitos; una misma loma de la Maestra sintió el hálito postrero de aquellos dos colosos; uno en una falda de la loma, el otro en la opuesta; uno al Norte, el otro al Sur.

La cresta de la Loma del Oro separó a estos dos grandes, y a la misma orilla del camino. En la falda que da al Contramaestre cayó Céspedes; en la otra cuesta, en la que mira al mar, expiró Morales. Un hombre en la cresta de la empinada loma, de cara al sol, puede señalar con la derecha la tumba de Moralitos en Piedra Blanca, y con la siniestra mano señalar el martirologio de San Lorenzo, ver el precipicio donde cayera el Padre de la Patria. A sólo dos kilómetros vivieron y cayeron estos dos HOMBRES.

